OPINION 37166 749093 13
RCO 254710

Guerras de Papel

Por Fernando Villegas

A quienes ya están algo cansados del tema de los derechos humanos, el cual no cesa ni ahora, de vez en cuando se les ofrecen como alivio y alternativa de sana diversión ciertas ruidosas batallas sin derramamiento de sangre en las que no se ventilan asuntos importantes e incluso, en ocasiones, hasta ofrecen una breve lección del poder que tiene la más vulgar vanidad y la pura mala voluntad aun en gente culta e inteligente. Me refiero a las guerras y guerrillas de papel de la clase literaria. La última la ha protagonizado Enrique Lafourcade, eterno contrincante de esta variedad de Gigantes del Ring. Su contendor, una señora que fue esposa del poeta cubano Heberto Padilla, le dijo de todo. Es claro que le gustaría verlo muerto. Se oía, casi, el rechinar de sus dientes. Verdad que Lafourcade previamente había desmitificado al vate con la efectiva y perversa inquina de su estilo exquisitamente corrosivo. Don Enrique no concibe la vida sin zaherir a alguien; como Lecter, es un hombre necesitado de masticar carne humana de tanto en vez.

Pero el más carnívoro de todos es, últimamente, el señor Roberto Bolaño. Ha mostrado más perseverante hambre que ninguno. Semana por medio, aprovechando la ocasión que le brindan los encuentros literarios, dispara una nueva andanada contra sus colegas de Chile o quienquiera se le presente ese día a su memoria como antiguo enemigo, se le sugiera a su ego como posible competidor o se le ocurra a su fantasía que pueda amenazarlo mañana. Llegado a eso los deslegitima en su calidad de personas, pero sobre todo los veja como escritores y hasta en algún caso los ha zaherido por sus condiciones culinarias. Su furor es inextinguible. Se pregunta uno qué lo nutre, no habiendo, a primera vista, sino razones para que chapalee contento y feliz en la fama de que goza. Uno presupone que la persona corriente que ha triunfado olvida o amortigua sus rencores y hasta se perdona el perdón, pero ciertamente Bolaño no es una persona corriente.

Iras Vitalicias

Lo que pasa es que Bolaño es escritor. Eso parece ser de por sí fuente de fecundas iras y odios mutuos, en especial cuando hay una abultada cartera de deudas por cobrar. Vaya a saberse cuándo las contraen, aunque es imaginable que siempre provienen del mismo origen: desdenes previos de otros colegas. Como sea, hacen honor a la cualidad específica de los rencores alimentados por los profesionales de la pluma, los cuales siempre son terribles en su intensidad y ridículos en su nimiedad, pero duraderos de por vida. No hay cura conocida para ellos. Ni siquiera los ammora el éxito, ya lo vemos; al contrario, parece que este último alimenta a sus beneficiados con la convicción que disponen, de ahí en adelante, de fueros ilimitados para el insulto y el menosprecio. Sienten el triunfo del mismo modo como los niños sienten el suyo en sus juegos, como un reconocimiento universal de superioridad y un cheque en blanco para la arrogancia. Ya nada puede ofenderles o criticarles; han ganado tal o cual certamen y ese los pone en esa esfera intocable -así lo creen- desde la cual toda palabra que no sea de alabanza es una mezquina interpelación motivada por los celos.

Los nicaragüenses de este gremio olvidan fácilmente lo que seguramente entienden mejor que nadie, a saber, que el destino de los candidatos a la gloria en las letras depende sólo parcialmente de la habilidad del que las practica. Consideraciones relativas a la moda y los tiempos, el apoyo o no de un editor, la política comercial de éste, el gusto y la actitud a favor o en contra de un jurado tal vez dispuesto positiva o negativamente por las más banales circunstancias, la eficacia o fracaso del lobby de amigos y enemigos, todo eso y más son los ocultos resortes que determinan la suerte mundana de un escritor, aparte de su mérito intrínseco. De una insignificancia suele depender el ser conocido a los 15 años o a los 50, que se sea alabado casi al borde de la muerte o luego de esta, o, al contrario, se saboree el triunfo en la primera juventud o no se lo disfrute nunca. En breve, median tantos elementos y es tan delicado el equilibrio entre ellos que la más imperceptible inclinación suele desencadenar uno u otro efecto; esto es una verdad que cualquiera debiera ser capaz de entender y llevarlo a sospechar a no abusar de sus barreles.

Semana por medio, aprovechando la ocasión que le brindan los encuentros literarios, Roberto Bolaño dispara una nueva andanada contra sus colegas de Chile o quienquiera se le presente ese día a su memoria como antiguo enemigo, se le sugiera a su ego como posible competidor o se le ocurra a su fantasía que pueda amenazarlo mañana. Llegado a eso los deslegitima en su calidad de personas, pero sobre todo los veja como escritores y hasta en algún caso los ha zaherido por sus condiciones culinarias.

Idiots-Savants

Lamentablemente, en este campo una cierta adecuación entre memoria, buen juicio y talento no es nunca cosa segura. El escritor promedio, especialmente los de hoy en día, suele ser lo que los franceses llaman un *idiot-savant*, esto es, un individuo que descuella en su habilidad a cambio de ser completamente obtuso e ignorante en todas las otras. Hay excepciones, pero por el momento no está claro quiénes sean. Casi ninguno, apenas los toca la varita del éxito -a veces bastante minúscula-, deja de revelar un desatino y precipitación enormes en el uso que dan a su momento de gloria. Tientan a Némesis a cada paso. Hasta en la vanidad del triunfo debiera esperarse cierta astucia proveniente los malos tiempos; después de todo no se sabe cuándo la obra aplaudida actualmente en los veladores de todas las señoras alfabetas va a ir a parar a la canasta de ofertas con un cartel proclamando "sacar a mil". Llegado ese infausto día será el agravio de hoy quien deberá pagar mañana, con usura, cada uno de sus estropicios. Entonces, en el día del juicio, no se perdonarán las debilidades y mucho menos los puntos fuertes. La justicia, en estos casos de revancha, toma la forma de injusticia, atropello y entierro prematuro. Sería una lástima que le ocurriera a Bolaño porque escribe muy bien.

Escribir bien, sin embargo, es una virtud sólo cuando se sabe lo limitada y poco importante que es. A la vista de cosas furias espeperténticas uno echa de menos a tipos como Mark Twain. Twain solía tener cierto menosprecio por su oficio y se enfurruñaba por dedicarse a otro. Escribía, pero así mantenía su ego bajo control. Es una lástima que ya no quedan escritores de esa noble especie. ■

Guerras de papel [artículo] F. V. F.

Libros y documentos

AUTORÍA

F. V. F.

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guerras de papel [artículo] F. V. F. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile